

Contiene
música
y vídeos
de realidad
aumentada

CARLOS VILA SEXTO

MORIR NO ES NADA DEL OTRO MUNDO



edebé

**MORIR
NO ES NADA
DEL OTRO
MUNDO**

CARLOS VILA SEXTO

**MORIR
NO ES NADA
DEL OTRO
MUNDO**

edebé

Morir no es nada del otro mundo

© Carlos Vila Sexto, 2019.

Publicada de acuerdo con Meucci Agency, Milán.

© Edición: EDEBÉ, 2019

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41

contacta@edebe.net

Directora de Publicaciones: Reina Duarte

Editora de Literatura: Elena Valencia

Primera edición, octubre de 2019

ISBN: 978-84-683-4284-9

Depósito legal: B 14093-2019

Impreso en España

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

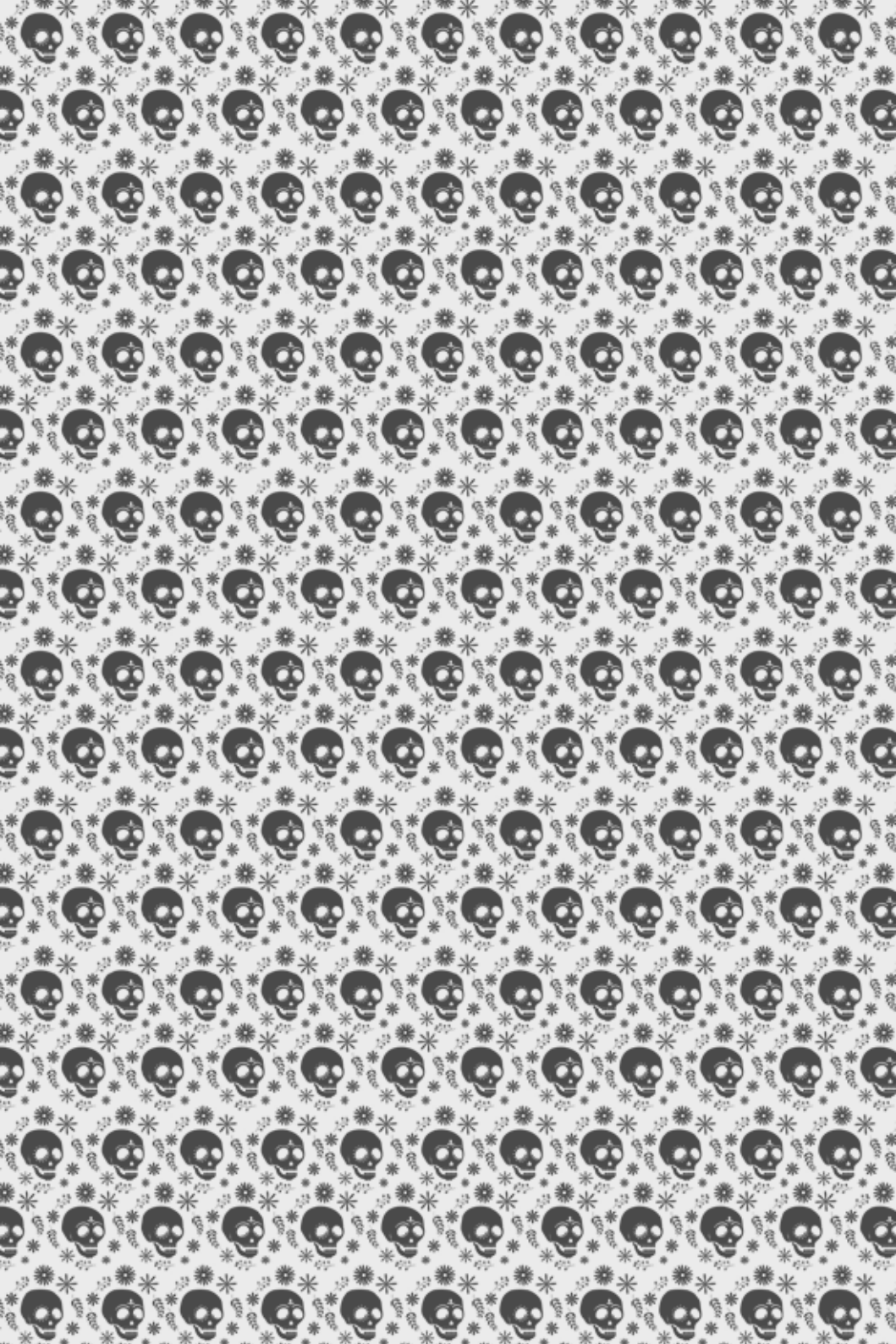
*Para mis padres.
Porque todo ha sido gracias a ellos.*

*Hay días en que me enfurezco
como el fuego en la naturaleza.
Hay días en que solo necesito oscuridad
y un lugar donde descansar.*

(KEANE, *Tear up this town*)

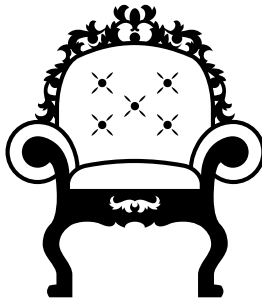
*No es que tenga miedo a morir.
Simplemente no quiero estar
ahí cuando ocurra.*

(WOODY ALLEN)



·
·
·

CAPÍTULO UNO







De pequeño siempre pensé que la adolescencia sería algo emocionante.

A los quince años ya me había leído todas las novelas de John Green, me sabía de memoria *Las ventajas de ser un marginado* y había convertido a Molly Ringwald en mi amor platónico tras devorar *El club de los cinco*, *La chica de rosa* y *Dieciséis velas* en una sola noche. Me había aprendido casi todos los diálogos de James Dean en sus tres películas y, por supuesto, la edición de *El guardián entre el centeno* que mi madre me había regalado el año anterior ya estaba desgastada, mucho más que la de *Rebeldes*, supongo que porque prefería ver a Ponyboy en pantalla, por aquello de visualizar cómo me quedarían a mí los tres litros de gominina y las camisas vaqueras sin mangas.

Me había estado preparando para esta etapa toda la vida. Estaba listo para las contradicciones, la esclavitud de las hormonas, el odio visceral e injustificado hacia mis padres, las fugas de casa a medianoche, los chapuzones

nocturnos y en pelotas con mi desinhibido grupo mixto de amigos, los coqueteos con las drogas, las transgresoras pintadas contra el sistema educativo en las paredes del colegio y la lectura de poesía existencialista en el tejado de un granero al atardecer.

El cine me había prometido una época de caos, de lucha conmigo mismo y con el mundo que me rodeaba, un despertar a la edad adulta lleno de sueños imposibles en el que todo y todos se esfuerzan por enterrar tus pies en el suelo cuando tú sólo quieres volar tan alto que ya no hay oxígeno.

Tanta preparación... y al final esto.

—Tío, te lo digo en serio: me pican los huevos cosa mala.

Samuel. Mi mejor amigo desde Primaria. ¿Mi único amigo desde Primaria? Puede ser, no digo que no.

Le miré de reojo. Tiraba de su pantalón para ahuecarlo bajo el pupitre y poder verse la entrepierna, con el gesto de preocupación de quien abre el horno y ve que la *pizza* lleva ya media hora dentro pero no termina de hacerse. Resopló, agobiado. Yo volví la vista hacia la pizarra, donde Benigno nos daba las indicaciones para el trabajo de final de trimestre de Filosofía.

—Tienes que vérmelo tú —concluyó Samuel, negando con la cabeza. Por toda respuesta, me limité a atravesarle con la mirada, abriendo los ojos como platos—. ¡Yo no me llego! ¡Es como por debajo, justo...!

Y dobló la mano como si fuera una pala excavadora, obligándome a imaginar dónde tendría que meter la cabeza para hacerle el favor. Yo aparté la vista y me encon-

tré con los ojos verdes de Paula, sentada a mi lado, que lo había estado oyendo todo y parecía aguantarse la risa. Noté que la piel de mi cara alcanzaba la temperatura de cocción y volví la vista al frente, dudando si tirarle un libro a Benigno solo para que me expulsara de clase. Él seguía centrado en su explicación del trabajo.

—El «yo» según el materialismo. Según el emergentismo. Según el psicoanálisis. Según la antropología. Me da igual en qué contexto lo situéis o qué corriente elijáis para describirlo. El trabajo es sobre el individuo y el grupo. El «yo» frente al «nosotros»...

—Mi tío Luis empezó con un picor igual, justo en el escroto. —Samuel hablaba con la vista perdida—. Condiloma acuminado. A los seis meses se le habían caído las pelotas y la mitad del pene. Meaba directamente desde la vejiga por un tubo a una bolsita que llevaba colgada en el cinturón.

Activé la burbuja que me protegía de Samuel durante sus ataques de hipocondría y traté de centrar mi atención en Heidegger, Freud y Schopenhauer. Las clases ya se me estaban poniendo bastante cuesta arriba con todo lo que tenía en casa, y aquel trabajo de fin de trimestre prometía terminar de hundirme.

—Quiénes somos. Por qué estamos aquí... Recordad que tendréis que exponer los trabajos en clase. La semana que viene colgaré en el tablón el día y la hora asignada a cada uno.

Sonó el timbre.

Recogí mis libros y me dirigí a la salida. Samuel se me acercó con su gesto de agobio.

—Vamos al baño y me la miras, anda.

Yo hice como que no le oía y apuré el paso, sin ver que Paula se había agachado justo delante de mí para recoger un bolígrafo. Tropecé con ella de la manera más bochornosa y poco ágil de todas: dándole un rodillazo en la cara y trastabillándome con ella dos metros hasta caerle encima con mi cara hundida justo entre las tetas.

—¡Paula!

Marco salía de su clase y llegaba corriendo hasta nosotros.

Si mi vida hubiera sido una película de John Hughes, Marco me habría levantado cogiéndome del cuello y me habría lanzado contra las taquillas. Me habría preguntado que qué demonios me creía yo al sobar a su novia delante de todos y me habría soltado un puñetazo en el estómago. Paula le habría pedido que me dejara en paz, diciendo que había sido un accidente. Se habría formado un corrillo a nuestro alrededor que algún profesor habría terminado por ahuyentar. Marco le habría pasado un brazo por la cintura a Paula, que me habría lanzado una última mirada azorada, experimentando una salva de sensaciones contradictorias y desconcertantemente eróticas hacia mí, prólogo de lo que habría ocurrido en el baile de final de curso, después de que Marco me hubiera intentado humillar en público pero yo hubiera empleado mi intelecto superior para devolvérsela, quedarme con su chica y convertirme en la sensación del colegio.

Si la vida tuviera un mínimo de sentido del espectáculo, eso es lo que habría pasado. Pero además de épica, lo

que tampoco había en aquel colegio era taquillas. Ni baile de fin de curso. Y Marco ni siquiera era un matón. De hecho, era un tipo muy enrollado, bastante más que yo. Y si alguno tenía un intelecto superior era él, porque ni mis notas ni yo mismo nos alejábamos de la mediocridad.

Me dio la mano para ayudarme a que me levantara y después hizo lo mismo con Paula.

—No te rías... —le pidió ella, doliéndose del pómulo.

Él lo intentaba, pero era difícil. Se volvió hacia mí.

—¿Tú estás bien?

Asentí.

—Venga, vamos a ponerle hielo a eso... —le dijo a Paula.

Le recogió su mochila del suelo, se la cargó a la espalda y echó a andar con ella hacia secretaría.

Yo me la quedé mirando como Bogart miraba a Ingrid Bergman mientras ella se subía al avión con Paul Henreid al final de *Casablanca* y él se quedaba a dos velas con Claude Rains. Volví la cabeza hacia Samuel, que arqueaba sus piernas y se movía ligeramente arriba y abajo, con gesto afectado.

—Puede que solo sea el sudor. Últimamente se me pegan mucho los huevos.

Me pregunté qué le habría dicho Bogart a Rains en caso de haber visto al oficial francés preocupado por la excesiva humedad de sus testículos.

—Deberías olvidarte de Paula —me lanzó Samuel cuando reanudamos la marcha, como si lleváramos un rato hablando del tema.

—Paula me da igual.

Y lo decía en serio. Pero Samuel estaba convencido de que yo estaba colgado por ella, y no había forma de quitárselo de la cabeza.

—Ve a por otra... no sé... más aburrida. Así como tú. —Además de no guardarse nada, Samuel hablaba siempre en serio. Muy en serio. Yo le miré sin comprender cómo llevábamos cinco años siendo amigos y nunca le había saltado los dientes de un puñetazo.

Nos habíamos conocido el primer día que llegó al colegio, con diez años. Él estaba histérico en el patio porque una mantis diminuta se le había subido al brazo y no sabía cómo quitársela sin que le picara y le provocara una gangrena que se lo podía llevar a la tumba. Yo me la puse en la palma de la mano y la dejé en unos arbustos. Él me miró con los ojos muy abiertos a través de los cristales de sus gafas y desde entonces nuestros destinos habían quedado irremediabilmente entrelazados.

—¿Y si le tiras los trastos a Eva?

—Le llego por el sobaco. Es ridículo.

—¿Y Diana?

—Diana lleva un trozo de lechuga entre los dientes desde 2012.

—¿Felipe?

Me detuve y le miré muy serio. Él hizo lo mismo. Nos quedamos así varios segundos, hasta que ya no pude más y tuve que gritarle lo obvio.

—¡Felipe es un tío!

Negó con la cabeza, fastidiado, como si yo no estuviera poniendo de mi parte.

—Y tú, un tiquismiquis.

Resoplé y seguí caminando. Salimos del colegio sin pasar por el baño. El tropezón con Paula había servido por lo menos para que Samuel se olvidara de su revisión escrotal, por lo que enfilamos la parada del bus. Yo iba caminando a paso ligero, tirando mentalmente de él, que siempre se rezagaba.

—En serio, este trimestre va a ser un asco... —sentenció.

Yo miré al cielo, hacia el sol que ya desaparecía por momentos entre las casas de la urbanización, y apreté un poco más. Pero a Samuel le dio igual mi cambio de ritmo.

—Venga, que lo perdemos —le azucé.

—«El yo y el nosotros», tiene huevos. ¿Por qué no «El suicidio: antes y después»?

—No creo que sea tan difícil...

—¿No? ¿Tú sabes quién eres? ¿O por qué estás aquí? ¿El individuo tiene sentido sin la masa? ¿Ese no es el bus?

La mole verde con el número 518 iluminado en su frontal arrancaba ya en la parada. Corrí con todas mis ganas haciendo aspavientos con los brazos y gritando a pleno pulmón. Llegué a tiempo de golpear las puertas delanteras, pero el conductor empleó esa arcana habilidad que los de su gremio se pasan de generación en generación para ignorarme por completo y tomar la carretera como si en su cabeza estuviera retumbando *La cabalgata de las valkirias*.

—¡Aún no es la hora! —grité—. ¡Faltan dos minutos! ¡Dos minutos!

Y metió segunda. Samuel, en el banco de la marquesina, sacaba su móvil y sus enormes cascos de diadema.

Yo me acerqué a él y levanté los brazos, ofendidísimo.

—¡Faltaban dos minutos!

Samuel se encogió de hombros.

—Últimamente pierdes el culo por llegar a casa.

—Quiero empezar a preparar el trabajo —mentí.

—Pensaba que no era tan difícil.

—Y no me encuentro muy bien.

Aquella frase solía terminar todas las discusiones con Samuel, que enseguida entornaba la mirada y empezaba a pensar qué era lo que podía tener yo y si sería contagioso. Me quedé de pie, como si eso hiciera que el siguiente autobús pudiera llegar antes.

No lo hizo. Llegó casi diez minutos tarde, por lo que habían pasado ya veinticinco desde la furiosa salida de boxes del anterior. Me subí a toda prisa y me senté junto a la puerta. Notaba ya el sudor pegado a mi camiseta, y mi pierna derecha rebotaba compulsivamente cada vez que nos deteníamos frente a una marquesina o un paso de cebra. Yo miraba por la ventana de reojo, calculando el tiempo que quedaría hasta la puesta de sol, maldiciendo aquel otoño que acortaba cada vez más los días.

Llegamos por fin a nuestra parada y bajé de un salto. Samuel iba recogiendo el cable de sus cascos con la misma parsimonia con la que hacía todo. Y yo acelerando, viendo cómo el sol se escondía ya por las montañas. Y Samuel que me decía que parara un segundo, que se le había metido una piedra en la zapatilla. Y luego, que rodeáramos la siguiente manzana para evitar encontrarnos con Tomás, que era un vecino mayor que siempre estaba

borracho y que cada vez que se cruzaba con alguien le preguntaba a grito pelado si había empezado ya el baile. Y al final le dije que tenía ganas de vomitar y que mejor salía corriendo.

—¡Te veo mañana!

Y desaparecí casi de inmediato y dejando una nube de humo como hacen los dibujos animados. Y me juré que al día siguiente saldría de clase a mi bola, a toda velocidad, porque mi abuelo me había prevenido ya sobre el peligro durante esos meses, en los que cada día que pasaba nos robaban un minuto de luz.

—Debes andarte con ojo —me había advertido muy serio la semana anterior—. Esto no es ninguna broma.

Abrí la puerta de casa justo cuando el sol desaparecía por el horizonte. Cerré con fuerza apoyando todo mi peso en ella, empapado en sudor.

Y me desplomé.

Al caer me di en la nuca con el pomo de la puerta, y agradecí no estar dentro de mi cuerpo en ese momento. Mientras lo miraba tumbado en el suelo, supe que aquel golpe tonto me iba a pasar factura al día siguiente.

—Alguien no va a poder girarse mañana para mirar el trasero a las chicas... —dijo mi tío Leo entre carcajadas, asomando su cabeza por las tablas del suelo. Mi madre atravesó la pared de la cocina.

—¿Qué tal las clases, cariño?

—Bien... —dije en un susurro, reponiéndome aún del susto y de la carrera.

—¡Leo, ya tengo la melodía! ¿Me dices qué te parece?

—La cara de mi padre asomó justo por encima de una reproducción de *El grito* de Munch que colgaba de la pared del rellano.

Abrió mucho los ojos y la boca, de forma que parecía que el cuadro, con su cara en medio, cobraba vida. Sabía que aquello siempre me hacía sonreír. Y aquella vez no fue diferente.

—Claro...

Y mientras me alejaba hacia él, miré mi cuerpo en el suelo, desmadejado en una postura imposible que al día siguiente me iba a causar unas agujetas importantes.

—Tranquilo, cariño, entre el abuelo y yo te subimos a la cama —dijo mi madre. Ella agarró mi cuerpo por los pies y mi abuelo pasó las manos por debajo de brazos y enfilaron las escaleras, hacia el piso superior.

Les di las gracias mientras me llevaban, atravesé la pared y crucé al salón.

Ser un adolescente estaba resultando ser un asco.

Ser un fantasma, también.



¡Sumérgete en el salón de la casa de Leo!